

CAPÍTULO PRIMERO

Años de formación

(1914-1938)

Su infancia a orillas del Maule

“**A**hí va la Mercedes Henríquez con su chiquillo”, decían en Talca a comienzos de este siglo, y pasaba con andar decidido la aún joven madre de 19 hijos por las calles disparejas de la dormida ciudad provinciana. La acompañaba, tantas veces, el penúltimo de la larga prole, Raulito, de la mano de la mamita, para ayudarla en sus compras, deteniéndose y saludando, ella, a los numerosos conocidos, bajando la vista, él, cada vez que las amistades le decían una frase amable o hacían preguntas.

Una fotografía de la época lo presenta como un muchachito sonriente, de cuatro o cinco años, botín de media caña, correctamente vestido —como lo exigía el momento especial ante el fotógrafo— y un hermoso pañuelo anudado al cuello en forma de cruz. ¿Premonitorio?

Raulito, el regalón, adoraba a su madre, era el “concho” de la familia formada por don Ricardo Silva Silva y doña Mercedes Henríquez Encina. Antiguos apellidos españoles llegados a la Capitanía General, de prolífica descendencia.

Don Ricardo había pasado sus primeros años entre el fundo de Chimbarongo y la casa de San Fernando, región donde el abuelo José María Silva Barazarte era persona de situación. De manera que fue natural que el joven Ricardo iniciara su educación en Santiago, primero en el Instituto Nacional y luego en el San Ignacio, para terminar en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, donde obtuvo el título de abogado.

Este don Ricardo era, indudablemente, un típico chileno de la clase dirigente: inquieto y culto, de arraigadas convicciones reli-

giosas, con un alto sentido del honor, generoso, cordial, amistoso, interesado en la marcha del país.

Escribirá Raúl, su hijo, años después:

“Recuerdo que siendo yo muy niño y encontrándome con él en el Molino Loncomilla (de Villa Alegre), haciéndole compañía, una noche, al acostarnos, pues dormíamos en la misma pieza, me preguntó si había rezado. ‘Siempre —agregó— se debe rezar antes de acostarse. Yo no olvido nunca esta recomendación de mi madre, y todas las noches rezo por ella una Salve...’. La impresión —continúa el futuro Cardenal— que estas palabras de mi padre, ya entrado en años, produjeron en mi corazón de niño fue imborrable, y creo que esa lección, acompañada de su ejemplo, no la olvidaré jamás”.

Raúl Silva Henríquez nace en Talca, ciudad regada por los esteros Piduco y Baeza, el 27 de septiembre de 1907. Es la población más importante entre Santiago y Concepción y en los años de la guerra de la Independencia de España, segunda década del siglo XIX, juega un papel decisivo.

Los talquinos tienen por esos años fama de orgullosos. Las familias tradicionales se reparten los cargos de responsabilidad. Ahí están los Cruz y los Silva, los Donoso y los Vergara, por citar algunas. De los Silva se recita esta cuarteta: *“Hay Silvas que silban bien, hay Silvas que silban mal; hay unos que dan la oreja y hay otros que no la dan”*. ¿De cuál de estos saldría Raulito?

Don Ricardo vive ahora en Talca, en una casa muy grande, en la calle 2 Sur, que llenan con su vida tumultuosa los vástagos que le ha dado doña Mercedes.

La ciudad pasa por un momento especial de su historia en materia cultural, y parecen haber madurado unas semillas plantadas medio siglo antes por la herencia del sabio jesuita Juan Ignacio Molina, por la importante influencia que ejerciera el Obispo José

Ignacio Cienfuegos, por el salón literario de Carmen Arriagada y, sin duda, por las frecuentes visitas del pintor alemán Juan Mauricio Rugendas y la fundación de “El Alfa”, en 1844, uno de los diarios más antiguos de Chile. El centro de inquietud intelectual lo forma el Liceo y ya alrededor de 1910 sus frutos de cultura dan la nota alta en el Chile de esos días.

Don Ricardo contempla con ojo preocupado las enseñanzas que imparten Enrique Molina y otros profesores preparados desde fines del siglo XIX, por el primer grupo de pedagogos alemanes llegados a Santiago para constituir el “Instituto Pedagógico” de la Universidad de Chile, formador de tantos maestros. Asimismo, observa la crítica social, virulenta para la época, de Alejandro Venegas, también profesor de ese Liceo.

Raulito inicia sus estudios en un colegio recién fundado en Talca por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de San Juan Bautista de la Salle. Es el año 1914 y en ese establecimiento permanecerá hasta 1920. Es la época de la Primera Guerra Mundial. A esos estudios iniciales, que entonces se llaman Preparatorias, agregará el 1º y el 2º curso de Humanidades. Tiene de esos años fugaces, transcurridos entre las novedades de sus estudios y los juegos del “recreo”, grandes recuerdos. Hay un grupo de profesores franceses cuyos nombres no olvida: Juventino, Domingo, Tomás, Clodoveo. Prefiere los ramos humanísticos, sin mostrar dificultad por las matemáticas.

Su padre ha vendido la casa en la ciudad para comprar el Molino Loncomilla, que ya se mencionó, y trabaja dos fundos: Liucura, en la misma zona, arrendado, y otro en San Clemente, heredado por doña Mercedes del Obispo Cienfuegos. Así es que Raulito está interno. Los fines de semana podría salir donde sus tías, pero son gente de edad, aburridas, y él prefiere quedarse en el “Blanco”, como llaman al colegio, jugando “pichangas” de fútbol o ir de excursión con sus compañeros al otro lado del río Claro, al cerro de la Virgen. Una inquietud comienza a hincar su raíz en esa alma bien dispuesta para el servicio de Dios: la inquietud religiosa. Según sus palabras:

“Desde niño yo había sido piadoso; en el colegio, sin que nadie me obligara ni me lo dijera, comulgaba todos los días. Es de advertir que no era costumbre: en el colegio en Santiago, donde estuve interno, sólo dos niños, de un centenar, sólo dos comulgábamos todos los días, y lo hacíamos con gran devoción, convencidos por amor al Señor”.

En realidad, por esos años, en los colegios católicos, la costumbre para los alumnos es la comunión semanal.

Sigamos con esos recuerdos, llenos de una tierna sinceridad:

“Entre los propósitos y las gracias que yo le pedía al Señor, estaba el hacer su voluntad, lo que Él quería de mí; tenía miedo de no hacerlo, de serle infiel, de no conocer cuál era su voluntad”.

No era vagamente hacer “su voluntad” en el futuro lleno de proyectos fantasiosos de un niño, sino algo mucho más importante, algo destinado a cambiar totalmente una vida: Raúl, el hijo de Ricardo y de Mercedes, entre los diez y los once años de edad, empezó a sentir la turbadora inquietud de la vocación religiosa. Sus profesores habían reparado en la piedad y la rectitud del muchacho y seguramente hubo conversaciones exploratorias.

“En el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas había querido ser religioso de esa congregación —escribirá al final de sus días—. Mi padre me dijo: ‘Mire, usted va a terminar sus estudios de Humanidades, se recibe de bachiller y después escoja lo que usted quiera...’”.

Parece que don Ricardo no desdeñaba, en su alma piadosa, esa felicidad profunda de un hijo dedicado a Dios, y que sus dudas iban más bien por otro lado: ¿cuál podría ser la orden religiosa más

apropiada? Para él, los jesuitas, en cuyo colegio había estudiado. Admiraba la fuerte inclinación por el desarrollo de la cultura de los miembros de la Compañía de Jesús.

Aquí conviene destacar un rasgo en el carácter del futuro Cardenal Silva Henríquez: la profunda admiración por su padre, sabiamente equilibrada por el intenso amor a la madre. En unos “Recuerdos” escritos en la década del 30, y jamás terminados, mientras estudiaba teología con los salesianos en Turín, a poco de fallecer don Ricardo, y que hoy, manuscritos, bajo unas toscas tapas de cuaderno escolar esperan su publicación, dejó él, entonces seminarista, certeros conceptos, con la facilidad para las bellas letras que ya le era propia. Vale la pena leerlos:

“Mi padre tenía una sólida formación cristiana. Su cristianismo no se basaba en sentimientos, que son siempre pasajeros y mudables, sino en el conocimiento, hijo del estudio, razonado y atento, de las verdades de la fe. Sus creencias se apoyaban en la solidísima base de la razón y contra ellas fueron a estrellarse inútilmente los embates de las pasiones, las pullas de los incrédulos y las dificultades y calamidades sin cuento porque atravesó durante su vida.”

A esto agregaba don Ricardo, en grado sumo, valentía y decisión. Se recordaba en las veladas familiares que de pequeño, en el San Ignacio, sabía defenderse, con golpes de puño si era necesario, de las bromas pesadas o de los ataques de los compañeros, de tal manera que se le conocía como “el zurdo Silva”. También le agradaba recordar, en las sobremesas, rodeado de sus hijos, cierta ocasión en que, teniendo no más de diez años, se había plantado en el medio de la calle para tratar de atajar un vacuno enfurecido que lo embestía todo.

Valentía, decisión, profunda religiosidad, criterio práctico, amor familiar, afán de cultura, fuerzas todas que dejaron una huella evidente en la cabeza, en los sentimientos, en el corazón del

muchachito Silva Henríquez, el talquino que un día debió decir adiós a la ciudad de sus estudios, al molino Loncomilla, allá por el sur del río Maule, a la tranquilidad de la existencia provinciana, para viajar a la capital.

Entonces no sabía —¿cómo podría haberlo adivinado?— que estaba diciendo adiós, para siempre, a una clase de vida que ya no retornaría. Los designios de Dios, y su libertad para aprovecharlos, lo llevarían por un mundo agitado, de aguas más rápidas que las del Piduco, con olas más altas y amenazadoras que las de sus queridas playas maulinas de Constitución.

El llamado de Dios

Raulito parte, pues, a Santiago, a terminar sus Humanidades. Son cuatro años, entre 1920 y 1923, en el Liceo Alemán de los Padres del Verbo Divino, que en esos años estaba ubicado en la calle Moneda 1661. El cambio es muy grande y se siente abandonado y triste. El cariño maternal y su cercana manifestación le hacen falta. Un niño de su edad se maneja cómodo en el pequeño mundo de los hermanos, los padres, los amigos, los tíos, la abuelita que lo regalea, la ñaña (la “Puluma”) que lo espera con un pedazo de dulce de membrillo o la cucharita de manjar... Está otra vez interno y algunas tardes siente deseos de llorar, pero se repone y la vida sigue tejiendo incansable la tela de su existencia. Además, las materias que estudia se han diversificado y su inquietud por saber se ve satisfecha.

Tiene pocos recuerdos del colegio alemán, cuya disciplina acentúa su soledad. No hay canchas de fútbol ni otras diversiones como en Talca. Sale corriendo del internado los domingos después de misa y debe estar de regreso a las ocho de la noche.

A fines de 1923 obtiene su título de Bachiller en Humanidades y, predisuesto aún sin saberlo, por la herencia y el ambiente, decide estudiar Leyes. Elige la Universidad Católica.

¿Cómo es el joven Raúl Silva Henríquez al entrar a la Universidad? Él lo conserva en la memoria y lo cuenta así: *“Uno es muy niño a los 16 ó 17 años. Yo tenía timidez para hablar en público. Tendría que recibirme de Abogado y llegar a la Corte de Apelaciones para acostumbrarme...”*

Es de mediana estatura, nariz larga como el padre, cejas muy pobladas, ojos francos que miran directamente y traducen bondad y vida interior y, sobre todo, unos labios finos, apretados, que revelan carácter y anticipan reserva, distancia, decisiones aceradas. Ha salido buen mozo, como la mamá.

La vida universitaria le da libertad de movimiento y espera las vacaciones con ansias para pasarlas en Talca, en el fundo y en las playas de arena negra de Constitución. Su amigo y compañero de la Universidad, otro talquino, Luis Felipe Letelier Icaza, recuerda con festiva ironía y un inconfundible acento provinciano: *“Me acuerdo de esos veraneos en Constitución... ¡Si este Raúl era muy simpático! Si las niñas lo rodeaban..., pero él se hacía el lesa. Tenía buena facha, también...”*. A la periodista Rosario Guzmán Errázuriz recuerda algo más (Ercilla, abril 4, 1979): *“Sí, sí... (estuve enamorado), claro que las cosas eran, entonces, mucho más delicadas que ahora, porque ahora..., en fin...”*.

Es que la inquietud de su vocación religiosa ha renacido y ya, en Tercer Año de Leyes, el llamado de esa voz interior se hace permanente. Lo que sigue es digno de ser conocido en detalle, porque muestra tan claramente la mano de Dios, la suave y firme insistencia de Dios cuando desea decir algo y el hombre, pequeñito, pero orgulloso, le opone su porfía por ensayar otros caminos...

Lo que sigue es textual de una Homilía del Cardenal Silva Henríquez pronunciada en la Catedral de Punta Arenas el 2 de febrero de 1981, al cumplirse medio siglo de su profesión religiosa:

“Yo había querido entrar a la Compañía de Jesús. Cuando me di cuenta, estudiando Leyes, de que el Señor quería que yo fuera sacerdote, había querido entrar a la Compañía de Jesús, porque mis hermanos, mi padre y algunos de sus hermanos se habían educado en los colegios de la Compañía y tenía por ella una gran estimación; porque mis confesores estaban en los Padres de San Ignacio, y entonces para consultar con mi confesor sobre la vocación, le pedí: ‘Padre, yo quiero conversar con usted sobre esto’. Me dijo: ‘Ven esta tarde’.

“Fui al Colegio de San Ignacio, en Santiago, a hablar con este Padre y encontré que estaba afeitándose. Me dijo: ‘Mira, Raúl, no puedo, porque..., me llama el señor Nuncio, pero..., ven mañana en la noche, después de comer, te espero...’.

“¡Bueno! Fui y encontré el colegio cerrado... Una puerta inmensa, no había timbre ni campana donde llamar..., golpeé..., la portería estaba a cincuenta metros por lo menos de la primera pieza de un Padre. No..., no me oyó nadie. Yo dije: ‘No, no está de Dios que me oigan...’.

“Estaba con estas dudas cuando un compañero de Leyes (L. F. Letelier) me dijo: ‘¿Por qué no vas a hablar con los Salesianos? Con el Padre Valentín Panzarasa’. Entonces le dije: ‘Pero ¿quién es este Padre?’ ‘Ah —me contestó—, es un Padre muy bueno, muy inteligente, profesor de la Universidad..., es mi confesor...’ ‘¡Bueno..., llévame...!’ Y fuimos al colegio El Patrocinio de San José en la calle Santa Rosa, en el mes de diciembre de 1926.

“Y nos encontramos con un Padre que estaba en el jardín leyendo una revista de filosofía, y entonces mi

compañero le dijo: 'Padre, le presento a mi compañero Raúl Silva. Él quisiera, si Ud. lo tiene a bien, presentarle sus dificultades y sus dudas... No sé si Ud. puede recibirlo...'

“ ¡Cómo no...! —dijo el Padre— ¡Ahora mismo!’ Y entramos en plática con este Padre..., un hombre extraordinario, de gran bondad, de gran espiritualidad, de profunda espiritualidad; un hombre de cáscara un poco dura, de apariencia dura, pero de gran corazón. Nos hicimos grandes amigos. Yo lo entendí perfectamente; él me entendió a mí y yo le dije: ‘Mire..., yo quería hacerme jesuita...’. ‘Ah —me dijo—, con todo gusto..., acabo de mandar al noviciado jesuita a dos de mis ex alumnos de este colegio’. Entonces le dije: ‘Mire, Padre, esperemos un poco. Quiero hacer lo que el Señor quiera y me he encontrado con una dificultad tan grande para llegar a los jesuitas..., y con ustedes me he encontrado en cambio con una facilidad enorme... Déjeme conocer un poco quién es Don Bosco, quiénes son los Salesianos; déme unos libros...’ Me fui a las vacaciones después de pasar al 4° Año de Leyes y empecé a leer sobre la Congregación Salesiana.

“De vuelta de vacaciones le dije al Padre Panzarasa: ‘Mire, Padre, yo creo que el Señor me llama a ser salesiano... Don Bosco me ha conquistado: un hombre moderno, un hombre amante de Dios, amante de su patria, amante de los pobres..., un hombre que no trepidaba ante ninguna dificultad; un hombre lleno de fe, con una caridad infinita; un hombre de Dios, al parecer sin que nadie se diera cuenta... ¡Me gusta Don Bosco...! ¿Qué hay que hacer?’ ”

Hasta aquí el Cardenal Silva Henríquez.

El resto de esta parte de su historia se conoce. Raúl se va a vivir con los salesianos como aspirante en el internado que mantienen en el Patrocinio de San José, a los pies del cerro San Cristóbal, en la calle Bellavista 0550, mientras termina su carrera universitaria: el 4° y el 5° año de Derecho. A fines de diciembre de 1929 recibe su título de Abogado. Ha cumplido con la petición paterna. ¿Qué piensa don Ricardo? Ha comprobado la seriedad de la vocación del muchacho, más allá de entusiasmos pasajeros, y le escribe: *“Haga lo que usted crea. Nosotros no tenemos ningún reparo en que usted entre a los salesianos; por el contrario, lo único que le pedimos es que piense bien lo que va a hacer y que sea definitiva su elección, para que no mate de pena a sus pobres padres”*.

Tras el tono algo seco de la nota, es perceptible el temblor de la emoción contenida de este padre profundamente religioso.

Raúl no pierde un día y el 28 de enero de 1930 entra como novicio —luego de haber sido aspirante por dos años— con el corazón rebosante de una felicidad largo tiempo deseada. Es el día de San Juan Crisóstomo, un gran arzobispo santo; el 29 será el de San Francisco de Sales, el Patrono de la Congregación Salesiana. Al lado afuera quedan su título de Abogado y ese montón de aspiraciones terrenales que el hombre atesora como finalidad suprema de la vida, y que él, futuro hombre de Dios, ni se ha dado vuelta a contemplar siquiera, mientras se disuelven, como lo hace la niebla en las alturas de la Cordillera de los Andes.

Le atrae la personalidad de Don Bosco y desea ser educador como él. Muchas veces, durante las clases en el colegio, él pensó que podía hacerlo tan bien o mejor que algunos de sus maestros. Y hay más: Don Bosco se ocupó con preferencia por los niños pobres y el muchacho talquino siente claramente una inquietud social. ¿Y por qué una orden religiosa y no sacerdote secular? Ah, ahí hay otra razón que él ha reflexionado bien en los retiros espirituales que alguna vez le dictó, en la playa de Las Cruces, el Rector de la Universidad Católica, don Carlos Casanueva. Porque él ya se conoce bien, sabe de su carácter, de su temperamento, y cree que la vida religiosa le conviene más.

El Padre Salesiano Alfredo Videla recuerda unas palabras del Padre Panzarasa, que resultaron proféticas: *“Si este joven no va al Noviciado, ¿quién puede ir? Raúl Silva se ha demostrado en el aspirantado de muy buen espíritu y dispuesto a ser un salesiano de trabajo”*. Extraordinario juicio respecto de ese muchacho de cortos años. Este “salesiano de trabajo” trabajaría en el más puro espíritu de San Juan Bosco y haría trabajar...

Años de preparación salesiana

El Noviciado de la Congregación Salesiana está en Macul, sector alejado del centro de Santiago, apropiado para los estudios del futuro sacerdote. Ahí llega con su compañero de estudio de Leyes, Alberto Muñoz Darrigrandi, y compañero definitivo de estudios teológicos y de Congregación. Por esos años de la década del 30, es pleno campo y los salesianos han plantado viñas para producir un exquisito vino asoleado de Misa, el “Sagrada Familia”, que a Raúl le recuerdan las viñas más modestas, ribereñas del río Maule. Lo recibe un grupo numeroso de novicios. Son 21: 10 chilenos y 11 extranjeros, algunos llegados de Italia y de otros países europeos. Casi todos menores que él. Se le conoce, festivamente, como “el señor abogado”. Son cuatro años alegres (uno de noviciado y tres de formación seminarista y vida religiosa) con una nueva alegría, que él ha relatado en una sesión de testimonio sacerdotal en Panamá, en 1983.

Eso sí que apenas ingresa el maestro de novicios, Padre Valentín Grasso, le llama la atención, pues se ha presentado con un hermoso reloj en la muñeca; el padre maestro le pide desprenderse de él, *“porque un reloj de pulsera era señal de lujo y no se podía aceptar en un religioso de la época”*.

El servicio de Dios debe ser alegre, y los novicios alternan las horas de estudio con las de trabajo y pasatiempos. Se cultiva la pe-

queña viña y la vendimia, en marzo de cada año, es una oportunidad para divertirse y competir en quién llena más canastos de uva. A veces el trabajo no está exento de dificultades... Él nos cuenta una anécdota: *“Vivíamos en pleno campo. Allí no había alcantarillado sino un pozo negro como letrina, que había dejado de funcionar. Nos reunieron y salí entre los designados para destaparla. Lo hicimos y lo primero que se extrajo fue una pelota de tenis... ¿Quién habrá podido comérsela?, comenté yo, entre la risa de todos...”*

En otras oportunidades lava los doscientos o trescientos platos que se ocupan en cada comida o se encarga de revisar y entregar a la lavandería la ropa de trabajo de los obreros que laboran en la parcela... Duras misiones todas, tan alejadas de sus costumbres de joven de familia acomodada, que le ayudarán en las luchas futuras. Pero su entusiasmo no repara en esto. Hay una causa más grande, más importante, que ahora inspira su vida.

A comienzos de septiembre de 1934 hay que decir adiós al Seminario de Macul, llega el momento de partir a Turín, Italia, a estudiar Teología y Derecho Canónico en el Instituto Teológico Salesiano de “La Crocetta”. Van con él otros dos seminaristas chilenos que han hecho sus votos en el mismo mes de febrero de 1931: Alberto Muñoz y Carlos Weiss. Los tres redactan desde ese momento un Diario de Vida que llaman “Inter Nos”, indispensable para seguir paso a paso los acontecimientos previos a su ordenación sacerdotal, y que comprende de septiembre de 1934 a mayo de 1935. Ilustrado por Weiss, escrito con la clara letra de Muñoz, muestra desde ya la inquietud literaria de Raúl Silva Henríquez, su sentido del humor y su tono festivo. Indudablemente preanuncia que un día el futuro Cardenal será elegido Miembro Honorario de la Academia Chilena de la Lengua... Este Diario se enviará a los estudiantes salesianos de Macul que, como puede imaginarse, envidian a los afortunados viajeros.

Así nos imponemos de que se embarcan en la motonave “Virgilio”, en Valparaíso, y al llegar frente a la costa italiana exclaman jubilosos: *“El corazón nos late con ansia: estamos a la vista de la Italia maravillosa, la patria de Don Bosco, la tierra del Papa, del*

arte y de la poesía; de esa tierra que hasta ahora sólo hemos conocido a través de los libros y de las fotografías. Ahora nos es dado contemplarla; más aún, vivir en ella. ¿Qué sorpresas nos reservará?”

Esos años de octubre de 1934, hasta mediados de 1938 cuando es ordenado sacerdote, son años intensos de formación en el mencionado Instituto, y para el seminarista Silva Henríquez es época de recuerdos imborrables y de profunda compenetración con el ideal salesiano.

Cuando llega a Italia hace pocos meses que Don Bosco ha sido canonizado. Ahora es San Juan Bosco. El entusiasmo aumenta entre la juventud por ingresar a la orden de este santo moderno, de ideas tan avanzadas, que educa y forja educadores con el método de la bondad y de la alegría contagiosa, más que con métodos pedagógicos tradicionales.

Que los seminaristas chilenos estén alojados en mejores condiciones ambientales que en Santiago no significa, ni mucho menos, una vida fácil. Por el contrario, aquí la disciplina es muy rígida. Los dormitorios son comunes y el estudio se hace también en salones comunes, lo que en verano significa un calor excesivo y, para qué negarlo, con bastante “olor de santidad”, como recuerda con chispa el Cardenal, riendo. Durante las vacaciones van a los Alpes, a una pequeña casa de verano, a pasar unos días. Él quisiera aprovechar ese tiempo en Londres para estudiar inglés. Ha ahorrado unos dineros que le han enviado sus hermanos. Se le dice que no, por ser contra la pobreza comunitaria.

Don Raúl echará de menos toda su vida, en los frecuentes viajes, el idioma inglés.

El estudio es exigente. Logra una eficaz ayuda en el Padre Pedro Berruti, viejo amigo del noviciado de Macul. Recuerda con cariño algunos profesores. En Escritura Sagrada, don Jorge Castellino; en Dogma, don Alessio Barberis; en Derecho Canónico, don Agustín Pagliese; en Historia Eclesiástica, don Beccuti; en

Moral, don Eugenio Valentini; en Sagrada Liturgia, don Eusebio Vismara, por quien profesa particular admiración.

Hay principios que Raúl Silva Henríquez atesora y que le iluminarán toda su vida. Él, que se reconocía ya en su juventud como una persona con entusiasmos, con apasionamientos, con vigencia propia y a veces dominante —“tenía miedo de mi temperamento”— aprende aquí, con Don Bosco, que la razón es el medio a través del cual Dios nos habla, y no los sentimientos; que la piedad no es cuestión de sentimentalismos, sino de voluntad y de amor, de entrega generosa y humilde.

Don Bosco le enseña que el corazón debe seguir a la razón, y no al revés. Don Raúl lo cuenta así:

“Eso lo aprendí de Don Bosco y del santo sacerdote que me guiaba..., me pareció muy difícil..., eso fue como cambiarme totalmente..., y por eso cuando uno ve lo que debe hacer, con serena tranquilidad, debe hacerlo, pase lo que pase, siempre que sea viable...”

Don Bosco, un hombre de fe intensa, daba a la razón lo que a la razón correspondía. Era pragmático como buen campesino y, al mismo tiempo, era un hombre de carisma, de una extraordinaria relación sobrenatural con Dios.

El joven talquino entendía tan bien al Santo italiano, hijo de parceleros, criado con la gente humilde, con la gente del campo, muy religiosa, especialmente sus padres. De ellos, Don Bosco había sacado esa manera práctica de ver las cosas y enfrentar la vida hasta con un poco de terquedad, que luego desaparecería con el tiempo, transformándose en tenacidad admirable.

Don Abdón Cifuentes, el político conservador chileno que lo conoció, decía: *“Don Juan Bosco es un buen cura de campo...”*. Silva Henríquez, ya Cardenal, agregaría: *“Un buen cura de campo, sí, puede ser, en su apariencia, pero ¡qué cura de campo! Con cosas*

extraordinarias que no tiene cualquier cura de campo". Y agregaba: "Era un extraordinario hombre de Dios, sin parecerlo".

El fundador de la Congregación Salesiana veía la vida en forma realista, sin los afeites y agregados de la ciudad opulenta; la veía como un todo orgánico. No sólo era un hombre de rezos: era un hombre de acción. Decía que sus seguidores debían ser "buenos cristianos y honestos ciudadanos". Tenía facilidad para tomar contacto con todo el mundo. Al novicio Silva Henríquez le agradaba recordar la actuación de Don Bosco como intermediario entre el Papado y los políticos exacerbados de la época de la Unificación Italiana, y le celebraba, admirado, los éxitos obtenidos, con su carácter práctico y franco, en ese delicado proceso de acercamiento y de pacificación después de las heridas de las duras batallas políticas entre los Estados Pontificios y el Gobierno italiano.

El Cardenal chileno resume así —en la ya mencionada reunión de la catedral de Punta Arenas— lo que Don Bosco le enseñó desde los contactos iniciales con sus ideas: primero, a confiar siempre en Dios; segundo, a amar a los pobres y a los niños; tercero, a amar a la patria, al terruño. Cuando uno mira hacia atrás la vida del Cardenal Silva Henríquez, la ve impregnada y transformada por todas estas enseñanzas: el educador de los niños humildes, siguiendo su famosa máxima: "*La educación es cuestión de corazón*"; el hombre práctico que construirá y organizará en todo el mundo sin desmayos; el intermediario entre hombres de diversas doctrinas y clases sociales; el hombre de Iglesia perseverante en sus puntos de vista y hábil para ir por ellos; el pastor de la fe absoluta en Dios y del amor desinteresado por sus ovejas.

Llega 1937 y el seminarista debe convertirse en subdiácono. Pero hay un pero: desde hace un tiempo sufre afección a las rodillas y hay dudas respecto de este futuro presbítero que no podrá hin-carse con facilidad en la misa. Don Berruti, uno de los superiores mayores de la Congregación, interviene con autoridad y salva la situación. El 4 de julio de 1938 es ordenado sacerdote por el arzobispo de Turín, Cardenal Mauricio Fossati, en la basílica de María

Auxiliadora, barrio de Valdocco, iglesia mayor construida por el propio San Juan Bosco.

Alguien podría pensar que es sólo una hermosa ceremonia religiosa en ese día de verano. En la fotografía están los “nuevos padres” Silva, Muñoz y Weiss. Sonríen en esa alegre ocasión. Si se supiera cómo el corazón de ese muchacho talquino ha latido con violencia al cumplirse los plazos, al llegar a término todos los sueños de niñez y de juventud. “Mucha es la mies y pocos son los segadores...”. Su recuerdo ha volado a Talca y a Santiago. Si se supiera lo que este sueño le ha costado en sacrificios, en renunciamientos, en noches de vigilia, en vacilaciones y dudas. Debe volver pronto a Chile. Nadie lo entenderá mejor que su madre, doña Mercedes. Qué pena que don Ricardo ya no esté..., pero él sabe que se alegra y le celebra desde el cielo. Hay que volver pronto a comenzar el trabajo.

Recorre rápido, en grupo, algunas ciudades italianas: Milán, Venecia, Padua; en Roma visitan al Papa Pío XI, ya anciano (moriría al año siguiente), el que los hace esperar largo tiempo. Es el famoso firmante de los acuerdos de Letrán, amigo y admirador de Don Bosco, a quien, curiosamente, había conocido en Turín, beatificado en 1929 y canonizado en 1934.

Cuando Raúl Silva llega a Chile, a fines de ese año 1938, su país ha cambiado, y mucho. Ahora es Presidente Pedro Aguirre Cerda y comienza la etapa del Frente Popular. Tampoco está ya en Chile su gran amigo, el Padre Valentín Panzarasa, a quien debe el haber encauzado su vocación religiosa. Este salesiano, luego de dirigir el Patrocinio de San José, ser profesor de Filosofía en la Universidad Católica y divulgador de la doctrina social de la Iglesia en un libro titulado “Justicia Social”, debe abandonar Chile por presiones políticas a “petición” del Arzobispado, lo que afecta dolorosamente al joven Silva.

¿Qué recuerdos trae de Italia? Esos cuatro años han sido de estudio y de formación salesiana y su pequeño mundo se ha extendido un poco más allá de los límites de Turín. Al Instituto

Teológico no llega otro diario que el “Osservatore Romano”. Si quieren saber qué noticias trae “La Stampa” en su primera página, deben ver en las vitrinas de los kioscos que la venden..., teniendo cuidado de que no los sorprendan “algunos superiores intransigentes”. Pero de tanto en tanto les han permitido proyectar los filmes de actualidades, y así han podido seguir la carrera del “Duce” y de su movimiento fascista.

En Turín, y en toda Italia, el clero acoge en general con buenos ojos esa reacción en favor del orden, de la disciplina y del trabajo. El fascismo impacta, además, porque es espectacular, efectista, patrioter; pero el joven Silva Henríquez advierte que bajo todo esto hay una lucha sorda, visible ya, entre Iglesia y fascismo, por la educación de la juventud. Además tiene conceptos diferentes, luego se revelarán opuestos, sobre el hombre y sus derechos esenciales, especialmente sobre el concepto de libertad.

El chileno rechaza los entusiasmos fáciles y en las discusiones con compañeros y profesores se manifiesta contrario a esas nuevas y seductoras doctrinas. Está en el buen camino. El mismo Papa Pío XI se opondrá pronto a los totalitarismos y el sucesor, Pío XII, será un paladín de una auténtica democracia en sus discursos radiofónicos al mundo.

Junto a esta reafirmación de la dignidad y derechos de la persona humana, el Padre Silva trae admiración por su cultura, la actividad de su gente. Su entusiasmo es grande y cree que en Chile, con un espíritu renovador, se puede hacer mucho más.

Y trae el lema que ha adoptado al ordenarse: “Caritas Christi urget nos”, la caridad de Cristo nos urge, que se revelará como el motor de su vida y una de sus principales metas.